

EL LABERINTO DE LOS CORAZONES PERDIDOS

En una pequeña aldea rodeada de bosques, vivía un joven llamado Baelion, conocido por todos como el hijo de las sombras. Desde pequeño había sido diferente. Mientras sus hermanos jugaban al sol, él prefería perderse entre los árboles, dibujando extrañas formas en la tierra o construyendo laberintos de ramas y piedra.

Su familia no lo comprendía. Decían que su imaginación era peligrosa, que esa extraña habilidad para crear laberintos no traería más que desgracias.

Cuando Baelion cumplió diecisiete años, un incidente lo cambió todo. Una de sus hermanas quedó atrapada en uno de sus laberintos, y aunque él logró sacarla, la aldea lo acusó de haberlo hecho a propósito. Herido por la desconfianza y consumido por la tristeza, abandonó su hogar y se internó en un bosque prohibido: el Bosque de los Ecos, del que nadie regresaba.

Allí encontró un claro donde los árboles susurraban y el suelo latía como un corazón vivo. En ese lugar mágico, Baelion comenzó a construir un laberinto como ningún otro. Lo moldeó con su dolor, su soledad, su rencor. Los caminos parecían moverse con voluntad propia, y los muros estaban hechos de espinas negras. En el centro colocó un espejo que no reflejaba rostros, sino los deseos más oscuros de quien se atreviera a mirarlo.

Pero aquel laberinto no era solo una creación. Estaba vivo. Baelion había despertado una antigua fuerza en el bosque, una que se alimentaba de emociones humanas.

Se decía que quien entraba lo hacía persiguiendo algo: amor, venganza, poder... Pero el laberinto no ofrecía respuestas, solo mostraba verdades que muchos no querían enfrentar. Y si no encontraban la salida antes de que sus propios temores los consumieran,

quedaban atrapados para siempre, fundiéndose con las espinas, sus voces convertidas en susurros perdidos.

Baelion podía controlar los caminos con el pensamiento. Al principio, lo hacía por diversión, disfrutando del caos que causaba en los valientes que se atrevían a desafiarlo. Pero pronto llegó la culpa. Desde las sombras, observaba cómo algunos salían transformados, mientras otros se perdían sin retorno.

Un día, alguien inesperado cruzó los límites del bosque; era Lyara, su hermana menor, la misma que años atrás había quedado atrapada en su primer laberinto. Ya no era una niña. Había crecido, y en sus ojos brillaba una determinación serena. Llevaba consigo una lámpara que emitía una luz suave, como el último resplandor de un atardecer. No buscaba poder ni venganza. Solo quería encontrar a su hermano y traerlo de vuelta.

Había tardado años en reunir el valor. Culpaba a su silencio de infancia, a no haberlo defendido cuando todos lo señalaron. Había recorrido bosques, hablado con ancianos que aún recordaban a Baelion, y estudiado las historias de quienes habían entrado al laberinto y jamás regresaron. Sabía que no podía luchar contra las espinas ni contra la magia, pero confiaba en que el amor era un lenguaje que su hermano aún recordaba.

Baelion, escondido entre las sombras del laberinto, intentó desviar su camino. Pero Lyara avanzó, guiada por la luz de su lámpara y por algo más fuerte: la esperanza. Tras superar caminos ilusorios y reflejos tentadores, llegó al centro, frente al espejo.

Allí, llamó a su hermano. Lo llamó por su nombre verdadero, no como el hijo de las sombras, sino como el niño que construía figuras en la tierra. Y Baelion, incapaz de resistir, apareció ante ella.

-¿Por qué viniste? -preguntó él, con la voz quebrada por los años de soledad.

-Porque nunca debiste estar solo —respondió Lyara—. Porque aún puedes volver.

Baelion negó con la cabeza. El laberinto lo había protegido, lo había definido. Pero Lyara alzó su lámpara, reflejando su luz en el espejo. Entonces, por primera vez, no aparecieron deseos oscuros, sino una imagen: su familia esperándolo en casa.

—Puedes regresar -le dijo ella, con ternura-, pero debes destruir lo que creaste.

Baelion supo que el laberinto era una extensión de su corazón. Destruirlo significaba dejar ir el dolor... pero también el poder, el refugio, el control.

Con lágrimas en los ojos, murmuró un último hechizo. El laberinto comenzó a desmoronarse, sus caminos se deshicieron en espirales de luz y sombra. Las espinas se quebraron como cristal, y los susurros se apagaron.

Cuando todo terminó, Baelion y Lyara estaban de pie en el claro, rodeados de un silencio nuevo. Por primera vez en mucho tiempo, el bosque ya no hablaba. Y Baelion sintió paz.

Cuentan los aldeanos que desde entonces el Bosque de los Ecos se volvió un lugar seguro. Pero algunos, en noches sin luna, dicen que aún se oyen susurros... No los de un laberinto hambriento, sino los de un joven que, al fin, encontró el camino de regreso a casa.

SEUDÓNIMO: **DONDA**